# SEGUNDA PARTE.

## La víspera de un gran dia.

# CAPITULO I.

## UN EJEMPLO SUBLIME.

### I.

El 19 de Marzo del año del Señor de 1808, S. M. Carlos IV fechaba en Aranjuez su real decreto abdicando la corona en su heredero y muy caro hijo el príncipe de Asturias.

Fernando VII se presentó en el balcon del palacio real de la coronada villa, y fué proclamado rey, con grande entusiasmo del pueblo español.

A los cuatro dias entraba en Madrid el general Murat, duque de Berg, al mando del primer cuerpo de ejército frances, y era recibido con flores y coronas y con laudatorias que la prensa le prodigaba, elogiando hasta la hermosura de sus soldados.

Esta recepcion oficial fué condenada por el pueblo, que veia inquieto la entrada del extranjero en su territorio.

El rey Fernando preparó su marcha hácia la frontera, diciendo que iba á recibir á su glorioso aliado Napoleon I, con objeto de cumplimentarlo.

Nombró una junta de gobierno presidida por el infante don

Antonio, que obraria segun las circunstancias y con arreglo á las instrucciones que le dejaba.

El pueblo comenzó á desconfiar, sospechando algo en aquella marcha inusitada, y ya en Vitoria, quiso impedir el viaje; pero Fernando insistió y pasó á Irum trasladándose despues á Bayona, acompañado de algunos cortesanos y de su servidumbre.

Dueño Murat de la situacion, se arrancó la máscara y comenzó á desplegar un despotismo militar espantoso, sin hacer el menor caso dc la junta ni del infante.

Murat trasladó á Cárlos IV y su familia á san Lorenzo del Escorial, iniciando la idea de no reconocer como rey á Fernando sino á su padre, quien habia protestado solemnemente contra la abdicacion.

Estos impíos manejos llegaron á preocupar al pueblo español de una manera tan profunda, que comprendió desde luego que Napoleon atentaba contra su independencia, jugando vilmente con aquella dinastía que débil y cobarde arrastraba por el fango la dignidad de una nacion.

"El odio entre españoles y franceses, dice el conde de Toreno narrando los memorables acontecimientos del 2 de Mayo, habia llegado á tal punto de exasperacion que unos y otros buscaban con afan la ocasion de una demostracion solemne y de vengarse de sus mútuos agravios. Murat, por vía de provocacion ó de amenaza, celebraba todos los domingos aparatosas revistas de sus tropas, en el paseo del Prado, despues de misa; y los madrileños le insultaban abiertamente por este que miraban como escarnio de la religion, y se mofaban en su propia presencia de aquellos alardes de fuerza. Cuando publicaba en la Gaceta noticias que tendian á amedrentarlo, aparecian en las esquinas papeles manuscritos, que el pueblo leia apiñado y en alta voz, en los cuales se desmentian aquellas, y se exhortaba á sacudir el yugo ignominioso de los extranjeros. En la casa de correos habia siempre un inmenso concurso comentando las noticias.



Tan audaz llegó á ser con estas excitaciones el odio de los madrileños, que un domingo, al atravesar de regreso de la revista el gran duque, seguido de su numerosa y brillante comitiva, la multitud que entónces como siempre en circunstancias extraordinarias concurria á la Puerta del Sol, como punto céntrico de la capital, un sordo murmullo principió á levantarse, concluyendo en una estrepitosa silba. El impetuoso y altivo Murat sufrió en silencio el insulto; pero juró vengarse, y la ocasion no tardó por desgracia en presentársele. Aquel domingo fué la víspera del tristemente memorable 2 de mayo.

"El dia anterior habia el gran duque entregado al infante don Antonio una carta de su hermano Cárlos, en la cual se le prevenia marchase á Bayona el mas jóven de sus hijos, el infante don Francisco de Paula, y la reina de Etruria con los suyos. La junta, tomando conocimiento del asunto, envió á decir á Murat que la reina podia marchar si á bien lo tenia, mas el infante, siendo un niño de trece años, no podia salir sin un mandato expreso de su padre. No se crea por eso que esta negativa encerraba una firme decision. Al otro dia, el de la silba, contestó aquel con imperio que estaba resuelto á hacer marchar tambien al infante, á la mañana siguiente; y la junta despues de una larga y encontrada deliberacion, no solo consintió en la partida, sino que acordó reprimir, con las pocas tropas españolas que tenia á sus órdenes, cualquier conato del pueblo para impedirla. No satisfecha su flaqueza con poner á la nacion inerme delante de su enemigo, se ofrecia á atarla en union con sus verdugos.

"Hubo ánimos esforzados y corazones nobles que al primer impulso rechazaron con indignacion tan menguado papel; pero prevaleció la impresion del miedo producida por la pintura, en verdad nada lisongera, de la situacion de Madrid, cercado por todas partes de tropas enemigas. Ocupaba la capital la brillante guardia imperial de á pié y de á caballo con la division de Mussnier y una brigada de caballería; numerosa artillería lle-

naba la plazuela del Buen Retiro, pronta á cubrir cualquier sitío; en la Casa de Campo y el convento de san Bernardino y los pueblos comarcanos de Chamartin, Fuencarral y Pozuelo, estaban acantonadas las divisiones de Moncey formando una imponente masa de veinte y cinco mil hombres. Dupont ocupaba ademas al Escorial, Aranjuez y Toledo. Para oponer á estas fuerzas la junta no podia contar mas que con tres mil hombres, número harto miserable seguramente si en él solo hubiera debido poner sus ojos. ¿Pero no veia á su derredor una poblacion entera ardiendo en deseos de abrir la lucha? ¿no habian llegado á su oidos los audaces silbidos de la Puerta del Sol? ¿Tan pobre idea tenia del poder de un pueblo á quien inflama el santo amor de la patria?

"Señalada la partida de los restos de la real familia para la mañana del dia 2, el pueblo fué acudiendo desde muy temprano á las puertas del palacio, y llenó la plazuela de su frente cuando vió en ella preparados, en efecto, tres coches de viaje. Rodeólos la multitud inquieta y bulliciosa, manifestándose en unos semblantes la tristeza de negros presentimientos, en otros la desesperacion de una alma impaciente, y en todos el comun deseo de evitar á cualquier precio la separacion de los únicos objetos queridos que le restaban. Cuando á eso de las nueve de la mañana se presentó la reina de Etruria á su vista y montó en uno de los carruajes con sus dos hijos, el pueblo la dejó marchar sin muestras de pena y aun con indicios de contento, porque sabidas ya sus secretas relaciones con Murat y la parte que habia tenido en la libertad del valido, la miraba como una princesa extranjera vendida á los enemigos de la patria. De los dos carruajes que quedaron, se sabia que uno era para el infante don Francisco; pero se ignoraba generalmente el destino del otro, hasta que una voz salida de la muchedumbre dió la nueva de que era para el presidente de la junta, el infante don Antonio. Ya no quedó duda de que las miras de Napoleon eran arrebatar á toda la familia real de España, dejar como huérfana



á la nacion y uncirla á su carroza imperial. La agitacion se embravece, y al oir de boca de los criados de palacio que el pobre niño don Francisco llora porque lo llevan, y no quiere partir, la ternura de las mujeres rompe en amargo llanto y el enojo de los hombres se cambia en furor. En estos críticos momentos se presenta un ayudante de Murat, Mr. Augusto Lagrange, á informarse de la aptitud del pueblo; cree este que su objeto es hacer ejecutar á la fuerza la salida del infante que se resiste llorando; y en terrible ademan, se lanza á él, lo rodea, lo insulta; y sin el oportuno socorro, primero de un generoso oficial de walones, y despues de una patrulla francesa, hubiera sido él la primera víctima de su ira contra su jefe y Napoleon. Terminaba ya esta escena cuando se esparció eléctricamente por la alborotada multitud la voz de que los infantes bajaban la escalera para montar en los coches y partir. En medio del universal clamor que se levanta, óyese la voz lastimera de una mujer del pueblo que grita con la energía de la desesperacion: *¿por qué nos los llevan?* y este grito, que despertaba á la vez las ideas del rebato de la real familia y de la orfandad de la nacion, es la chispa que hace estallar la tempestad. Mientras unos se arrojan á los carruajes á cortar los tiros, otros se disponen á impedir que los infantes se entreguen á su escolta, y todos braman de coraje cuando de súbito se oye una descarga y se vieron caer algunos cadáveres.

"Murat pronta y minuciosamente informado de lo que pasaba, por la inmediacion de su alojamiento al sitio del tumulto, habia mandado á sofocarlo su batallon del piquete con dos cañones; y tan bárbaramente fué ejecutada su órden que, sin aviso prévio, sin ninguna de las formalidades que la ley y la humanidad imponen á quien tiene de su parte las ventajas de las armas y la disciplina, apenas asomaron á la entrada de la plazuela, henchida de gente, hicieron sobre ella una descarga alevosa. Al oirla y contemplar su estrago, el pueblo se dispersa, pero no huye acobardado: es que no tiene medios de defensa. Despar-

rámase por la poblacion dando el grito de *¡á las armas!* y al contar en la calle y en las casas la nueva felonía que acababa de sacrificar á varios patriotas, cuya sangre muestran algunos salpicada en sus vestidos, resuena por todas partes la voz de *guerra á los traidores*, y el estruendo pavoroso de un gran pueblo en conmocion. Hombres, muchachos, ancianos y hasta mujeres, que tambien á ellas arrebató entónces de una manera singular el sentimiento de la independencia, empuñaron cualquier arma, un trabuco, un chuzo, un puñal ó un simple palo, lo mismo que una escopeta, un sable ó una pistola, y salieron á la calle sedientos de venganza y esterminio. Desde la puerta de su casa hasta la del Sol, adonde todos se dirigieron, cada cual emprendió la lucha con los franceses que á su paso halló. Solo fueron perdonados y no siempre, los que se rindieron pronto y los que se hallaron bajo el amparo del hogar doméstico, porque en casos tales el amor de la patria ahoga hasta la natural piedad del corazon. Mas, así como fueron considerables los casos de tan difícil generosidad en medio de tan ciego furor contra los franceses, nadie perdonó á un mameluco, porque al matarlos se creia privar á la patria de dos enemigos, el de su independencia y el de su religion, ó como dice Foy, aquel golpe hacia desaparecer al frances y al musulman juntos en uno.

"La inmensa muchedumbre que llenó la Puerta del Sol y las inmediatas calles Mayor, Montera, Alcalá, Carrera de San Gerónimo y Carretas, rechazó diferentes masas de infantería y caballería que intentaron penetrarla; pero, falta de direccion, no viendo á su cabeza á un general, ni un miembro de la junta, ni un hombre cualquiera de prestigio porque los sucesos no habian permitido formarlo todavia, no aprovechó la fuerza que esos triunfos desenvolvieron en ella, y en vez de obrar con celeridad y energía, cuando vió desaparecer de su vista á los enemigos, creyó poder ya celebrar su victoria. ¡Lamentable error! Murat, informado de que ni las descargas de infantería, ni las cargas de caballería, podian aventar aquella mole, mandó des-



hacerla á cañonazos, y en breve la artillería del Retiro subió por la calle de Alcalá y la Carrera de san Gerónimo sembrando con la metralla el terror y la muerte. Huye despavorida la multitud ante un arma á que no tiene que oponer sino el ciego valor de la desesperacion, y en efecto hay muchos que ó permanecen inmóviles aguardando á la caballería de polacos y mamelucos que avanza á completar el estrago, ó se abalanzan á la muerte con el puñal ó la pistola en la mano contra un ginete ó contra un cañon. ¡Inútiles esfuerzos de un valor temerario! Los vencedores los sacrificaban despiadadamente, distinguiéndose en la crueldad los mamelucos y los polacos, que no tenian como aquellos la disculpa de vengar á sus compañeros. Forzaron varios edificios de donde se les habia hecho fuego, y no calmados con el pillaje, sacaron á sus moradores y los fusilaron á las puertas de su propia casa, á la vista de la madre, de la esposa ó de la hija implorando perdon desfallecidas.

La muchedumbre dispersada por la artillería, no toda se habia retirado á buscar en la fuga la salvacion. Un número considerable voló al parque de artillería, situado en el barrio de las Maravillas, para apoderarse de algunos cañones y volver á la lucha con menos desigualdad. Estaba el puesto custodiado por ochenta franceses y catorce artilleros españoles, al mando del capitan don Luis Daoiz, que se negó á las primeras intimaciones del pueblo subyugado al penoso deber de la subordinacion militar. El acuerdo de la junta de emplear hasta sus propios esfuerzos en contrarestar cualquiera tentativa popular contra la partida de los infantes, habia originado una órden del capitan general don Franciseo Javier Negrete, encerrando á las tropas españolas en sus cuarteles, temeroso no sin razon, de que tomarian parte en la insurreccion del pueblo. Difícil hubiera sido á este vencer la pundonorosa obstinacion del capitan Daoiz, á no haberse presentado allí al frente de treinta voluntarios del Estado otro capitan de la misma arma gritando como él: *¡Viva Fernando VII! ¡Viva España!* á quien aclamó por caudillo.